

ALBAICIN

POR
ANTONIO
DE OBREGON

ESTE barrio, tan cantado por los escritores y por los poetas, presenta hoy una mezcla curiosa de cosas primitivas y actuales, de rasgos típicos, tradicionales, que superviven, y ecos de altavoces y resultados de los partidos. Hemos subido a contemplar una de las vistas más hermosas que existen en el mundo: la Alhambra con su rosario de torres, la vega y, al fondo, la Sierra, todavía con bonete blanco.

Sólo por contemplar esto se debe venir aquí y trepar por esta Casbah, llena de cosas tradictorias y líricas. Cármenes, casas señoriales con recoleto jardín, balcones con macetas, tabernas, bares, tiendas en las que existe aún el eco del abigarramiento y del individualismo árabes, conventos con patios tristísimos, paredes blancas, glorietas, rejas y cipreses, geranios y jazmines, orfebres que trabajan en objetos turísticos, tejedores de alfombras y encajeras; colegios, iglesias como San Bartolomé, San Salvador y San Nicolás, patios oscuros y melancólicos, esquinas decorativas; arcos, como el de las Pesas, que parecen que nos van a pasar a Xauen o a Marrakech; callejuelas con ínsulas de escaleras que tratan de ser calles, polvo y fuentes, amabilidad y desdén, belleza y pobreza, tertulias absurdas en los zaguanes, niños que corren, gitanas con su traje típico que van y vienen al Sacromonte, su oficina.

Perdidos andábamos buscando un lugar poco conocido: la casa de Aixa, la madre de Boabdil, y, al fin, dimos con ella, pues ni los vecinos del barrio la conocen por su nombre de palacio de Daralhorra, que así se llama, un edificio de traza árabe que fue hasta hace años parte del convento de Santa Isabel la Real y cuya comunicación con él se tapó hace años.

Llamamos y nos abre una mujeruca que vive en la casa, y nos la muestra amablemente. Nos paseamos por las galerías y miradores, en los que quedan arcos primitivos y artesonados bellísimos.

Antecedente diminuto de la Alhambra, aquí habitarían los primeros Reyes cuando no había aún Alcázar asombroso y sí un conglomerado de palacios en la corte del Albaicín, uno de los cuales es éste, que luego ocupó Aixa, aquella mujer que —de ser cierta la famosa frase— lanzó a su hijo el reproche máximo y tremendo mientras contemplaba desde la última colina de la ciudad.

—Y usted, ¿vive aquí sola?, preguntamos a la mujeruca que nos acompaña.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Gracia Maldonado, para servirle.



—¿No tiene a nadie?

—Aquí no. Tengo hijos, pero ahora ya no me necesitan.

Esta mujer, nueva sultana, madre solitaria y venida a menos, viuda de un guarda que fue de la Alhambra, habita este palacio completamente sola, y señalándonos una puerta que da a un huerto, como si todo hubiera ocurrido ayer, nos dice:

—Por ahí salió Boabdil...

—¿Sí?

—Cuando los Reyes Católicos tomaron la Alhambra, Boabdil se replegó aquí con su madre. Juntos se fueron por ese jardín que pertenece ahora al Carmen de las Maravillas, y al pasar la cuesta hacia Padul, camino de Motril, es cuando suspiró...

—¿Viene mucha gente? —preguntamos a Gracia.

—¡Ya lo creo! Extranjeros. A veces me piden permiso para estar aquí. Unas señoras suecas, que vinieron en un gran coche, se acostumbraron a visitarme a diario. Traían una espléndida cena, pero yo acababa comiéndome lo de ellas y ellas tomaban siempre lo que yo tenía guisado para mí... ¡Caprichos!